

**Te contamos una historia de Mendoza**  
(de la conquista a nuestros días)

Universidad Nacional de Cuyo  
(Mendoza, República Argentina)

*Rector*

Ing. Agr. Arturo Roberto Somoza

*Vicerrector*

Dr. Gustavo Andrés Kent

*Secretario de Extensión Universitaria*

Lic. Fabio Luis Erreguerena

EDIUNC

Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo

*Directora*

Lic. Pilar Piñeyrúa

La publicación de esta obra ha sido  
recomendada por el Comité Editorial  
(EDIUNC, Universidad Nacional de Cuyo).

Proyecto financiado con aportes del Fondo Provincial de la Cultura;  
Secretaría de Cultura de la Provincia; Gobierno de Mendoza (2008).





**UNCUYO**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO

# **Te contamos una historia de Mendoza** (de la conquista a nuestros días)

María Teresa Brachetta

Beatriz Bragoni

Virginia Mellado

Oriana Pelagatti

Ilustraciones de Gabriel Fernández

EDIUNC  
Mendoza, 2011

Te contamos una historia de Mendoza: de la conquista a nuestros días / María Teresa Brachetta... [et.al.] ; ilustrado por Gabriel Fernández. – 1ª ed. – Mendoza: Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo – EDIUNC, 2011.  
200 p.; 24x15 cm – (Ida y vuelta; 1)

ISBN 978-950-39-0274-5

1. Historia de Mendoza. I. Brachetta, María Teresa II. Bragoni, Beatriz III Mellado, Virginia IV. Pelagatti, Oriana V. Fernández, Gabriel, ilus.  
CDD 982.62

---

**Te contamos una historia de Mendoza**  
(de la conquista a nuestros días)

María Teresa Brachetta  
Beatriz Bragoni  
Virginia Mellado  
Oriana Pelagatti

Ilustraciones: Gabriel Fernández

Primera edición, Mendoza 2011  
COLECCIÓN IDA Y VUELTA N° 1

ISBN 978-950-39-0274-5

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
© EDIUNC, 2011  
<http://www.ediunc.uncu.edu.ar>  
[ediunc@uncu.edu.ar](mailto:ediunc@uncu.edu.ar)  
Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

Este libro ofrece una nueva historia de Mendoza con el fin de acercar una visión del pasado provincial atenta a las relaciones entre sociedad, política, economía y cultura en el largo plazo. Los avances producidos en el conocimiento histórico en los últimos 20 años justifican ampliamente el esfuerzo de crear un relato capaz de integrar las diferentes dimensiones de la vida histórica con un lenguaje accesible al gran público, en especial a los lectores más jóvenes, sin que ello suponga sacrificar la complejidad del conocimiento histórico.

| xi

No se trata de escribir para un público imaginario. Cada una de las autoras de estas páginas enfrenta cada año el desafío que implica enseñar historia, por lo que ninguna es ajena a las dificultades del aprendizaje de una disciplina milenaria que cada día despierta menos interés en las aulas, aunque lo gana por circuitos alternativos al sistema educativo formal. He aquí una paradoja que desvela a todo profesional que ha hecho de su vocación por el saber histórico su oficio.

Es algo sabido que, desde hace algunos años, tanto el pasado remoto como el más reciente ejercen una atracción inusitada. También se sabe que no se trata de un fenómeno social y cultural exclusivamente argentino. La obsesión por los orígenes y la construcción de genealogías abarcan el deporte, las fiestas y el arte, las instituciones y organizaciones políticas, los movimientos sociales y religiosos, los pueblos, los barrios y clubes, las familias... Y también se manifiesta abiertamente entre los individuos. Suelen ser pocos los que en las redes sociales evitan la tentación de trazar su propia biografía a través de una selectiva muestra de fotos o la exhibición de videos familiares que registran festejos privados e íntimos.

Historiar e historiarnos constituye un ejercicio de memoria selectivo, generalmente incompleto, que en ocasiones permite mirarnos y reconocernos como parte integrante de una familia, un grupo o una comunidad política a la que habitualmente se identifica con el Estado-nación.

Estas formas persistentes de apelación al pasado grupal o individual se diferencian de las formas utilizadas por quienes se dedican a hacer de la historia un oficio o una profesión, en cuanto las herramientas que estos utilizan se basan en reglas aceptadas como legítimas por la comunidad de historiadores; reglas que, como en todas las otras ciencias, cambian con el tiempo. Es bien cierto que las formas de hacer historia se han transformado mucho desde los tiempos en que Herodoto narró los pormenores de las guerras entre griegos y persas para que las nuevas generaciones tuvieran algún registro del tiempo vivido por sus antepasados. Con todo, y a pesar de los cambios habidos al interior de la disciplina histórica, en la actualidad existe un consenso bastante extendido que la define como una operación intelectual derivada de interrogantes o inquietudes surgidas del presente que vive el historiador, quien formula hipótesis o conjeturas cuya eventual verificación le permite brindar explicaciones de la experiencia social del pasado a partir de las huellas o testimonios dejados por sus protagonistas.

Por lo tanto, el conocimiento histórico es indirecto. Como el pasado es irrecuperable, al historiador no le queda otro camino que contentarse con reconstruirlo. Debe probar y argumentar cómo los hombres y mujeres vivieron los tiempos que él pretende historiar. Naturalmente, no se trata de un asunto sencillo, porque para capturar la especificidad del pasado, el historiador debe despojarse lo más posible de sus propias visiones de época a los efectos de controlar posibles anacronismos y no interpretar el tiempo que ha sido con los ojos del presente.

Desde luego, esta advertencia no significa que el historiador deba *encapsularse* o cultivar una historia despojada de conflictos como un anticuario que preserva objetos y cosas viejas. Tampoco significa que no pueda formular sus opiniones como cualquier ciudadano. Lo que trata de hacer el historiador al que le interesa capturar los contextos, las percepciones y las sensibilidades de otros tiempos es –como decía un prestigioso historiador inglés– *ponerse en los zapatos* de quien estudia para de esa forma entender mejor qué distingue al pasado del presente que le toca vivir. Cuenta para ello con la ventaja de conocer el curso histórico posterior que los actores no podían saber ni, en ocasiones, imaginar.

Hay otras cualidades que también conviene señalar en esta apretada y necesaria caracterización de la historia y del oficio de historiar. Una de ellas reside en el repertorio de objetos, enfoques y métodos que esta disciplina comparte con otras ciencias sociales, ya que los historiadores, en lugar de aferrarse a un único modelo analítico, tienden más bien a

adoptar o combinar más de uno en orden a mejorar la comprensión de la complejidad de la experiencia histórica, que por su propia naturaleza es diversa y plural. Esta especie de *plasticidad*, que se distingue de cualquier tradición histórica, ha sido vista en ocasiones como un problema. Sin embargo, en rigor de verdad, constituye una ventaja, ya que ha permitido formular nuevas y renovadas preguntas sobre la experiencia histórica.

Otro aspecto que distingue a la historiografía contemporánea es su proliferación temática y metodológica, algo que ha llevado a algunos a afirmar que el objeto de la historia ha perdido unidad, descomponiéndose en un sinfín de relatos o historias mínimas, dificultando la posibilidad de agruparlos en una visión totalizadora de la vida social. Esa diversificación y expansión de los estudios históricos está casi en las antípodas de las historiografías forjadas en el siglo XIX, cuando el Estado, la política y los hombres que contribuyeron a edificar las flamantes naciones nacidas de la era de las revoluciones –y que sentaron las bases del mundo contemporáneo– constituían la médula de la indagación de los historiadores. A partir de entonces, el conocimiento histórico estuvo al servicio del poder del Estado, y la historia –al igual que la geografía– operó decididamente en la pedagogía cívica instrumentada por las élites dirigentes de cada país a los efectos de crear lazos y sensibilidades colectivas que afianzaran el sentido de pertenencia de los habitantes en referencia a la nación.

| XIII

## El despertar de Clío

El siglo XX dio lugar a una verdadera revolución en la formas de hacer historia. Un puñado de historiadores que vivió la debacle abierta con la Primera Guerra Mundial lideró un movimiento de reformulación radical de la disciplina, poniendo en jaque los temas y métodos de las historiografías que habían hecho de lo público, lo político o lo estatal el objeto primordial de sus investigaciones. De cara a las prescripciones de quienes se adscribieron al llamado *método crítico y erudito* –un método puesto al servicio de la construcción del Estado-nación en el *largo* siglo XIX–, y convertida la historia nacional y de sus héroes en instrumento de pedagogía cívica para afianzar el vínculo entre los habitantes y el Estado, los historiadores decepcionados con este papel *oficial* reservado a la disciplina propusieron nuevos formatos y estilos que enarbolaban

*lo social* como objeto privilegiado. A partir de entonces, lo político fue desplazado del centro de interés —o, en el mejor de los casos, pasó a competir con temas sociales, demográficos, económicos y culturales—, poniéndose así sobre el tapete la naturaleza multidimensional de la vida histórica.

xiv |

Tal desplazamiento respondía a dos procesos simultáneos y convergentes. Por un lado, el cambio historiográfico tenía su origen en el fecundo contacto de la historia con los objetos y métodos de otras disciplinas sociales (como la sociología, la antropología, la geografía, la economía, la sicología y la lingüística); por otro, la renovación en las formas de hacer historia hundía sus raíces en el nuevo clima de incertidumbre que había remplazado al sistema de creencias tradicionales y que tenía como núcleo a la noción de *progreso*. Frente a esta radical mutación, la noción de temporalidad no podía permanecer intacta, por lo que la visión unidireccional entre pasado-presente-futuro, que por siglos había estructurado la cosmovisión del mundo moderno, habría de quebrarse casi por completo.

Un célebre intelectual francés, Paul Valéry, adujo que al tiempo dominado por las certezas le había seguido una era de «suspenso de lo incierto» (Febvre, 1993, p. 45). Por su parte, Lucien Febvre (1993), uno de los *padres fundadores* de la historiografía contemporánea, afirmó que las dos Guerras Mundiales habían roto aquella concepción del tiempo en que «vivíamos sin temor y sin esfuerzo sobre nociones elaboradas lenta y progresivamente en el curso de los años» (p. 40-41). Por consiguiente, el nuevo clima político, social y cultural impelía a abandonar los modelos que se habían heredado de los mayores, y esa razón justificaba que los jóvenes historiadores combatieran los viejos formatos e hicieran una *historia viva*, capaz de formular hipótesis y problematizar la experiencia del pasado.

Febvre entendía la historia como «el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras» (p. 40-41). Por ello, el célebre historiador evitaba las simplificaciones cuando precisaba el objeto de la historia y el papel que esta reservaba a quienes se sumaran a la empresa de confeccionarla:

Los hombres son el objeto único de la historia, de una historia que se inscribe en el grupo de las disciplinas humanas de todos los órdenes y de todos los grados, al lado de la antropología, la psicología y la lingüística; una historia que no se

interesa por cualquier tipo de hombre abstracto, eterno, inmutable en su fondo y perpetuamente idéntico a sí mismo, sino por *hombres comprendidos en el marco de las sociedades de que son miembros*. (p. 40-41)

Esa convicción suponía que el estudio de los hombres y las mujeres en el tiempo debía ser comprendido en el marco de las sociedades que los habían forjado. Por consiguiente, el desafío que debían asumir los historiadores consistía entonces en capturar el sentido de la experiencia social del pasado, y entender las particularidades humanas convirtiéndose, como anotó Marc Bloch, en una especie de «ogro» dispuesto a asaltar su presa.

| xv

En suma, hacer una historia *viva* suponía combatir las antiguas consignas que hacían del historiador el custodio hermético y esclerosado de un pasado yermo, para hacer de él una cantera fértil de explicaciones complejas que permita a los hombres y las mujeres entender mejor qué distingue el pasado del presente que les toca vivir. En años recientes, otro historiador francés, Jacques Revel, reavivó con sutileza este particular *humus epistemológico* de la nueva Clío:

La historia no está hecha para proveernos de ancestros [...sino] para ayudarnos a reflexionar sobre situaciones que tienen lugar una vez y que no se reproducirán, pero respecto de las cuales es *útil* rever cómo se produjeron. No creo en absoluto que haya que buscar ejemplos en la historia y menos modelos a imitar. El tiempo cambia y no vuelve. (Pavón, 2004, noviembre 20)

## La historia entre nosotros

La diversidad de libros disponibles en las librerías, las colecciones que acompañan habitualmente a diarios y revistas, los programas de radio y tv, la producción de documentales y películas de cine, etcétera, atestiguan que la historia argentina ha ganado la atención de un público amplio, de ninguna manera circunscrito al ámbito universitario o académico. ¿Cómo se explica el creciente interés por el pasado nacional?

Aunque resulte difícil ofrecer una sola respuesta a los interrogantes planteados, resulta importante señalar dos o tres cuestiones que permiten entender algunas razones de tales preferencias. Por un lado, vale tener en cuenta que la recuperación de la democracia en 1983 creó un marco institucional y político para la revitalización de los estudios históricos en el país. Ese clima propició no sólo un proceso de institucionalización en las universidades públicas y los organismos de investigación

científica nacionales, sino que también alentó la formación y consolidación de grupos de investigación que por primera vez en varias décadas mantuvieron condiciones relativamente estables y libres para encarar proyectos de investigación históricos de largo aliento.

xvi | Los rasgos distintivos de esta renovación historiográfica que lideraron varios centros académicos argentinos son los siguientes: 1) la adopción de criterios teóricos y metodológicos afines a la profesionalización del oficio; 2) el contacto con tradiciones historiográficas de prestigiosos ámbitos académicos europeos, latinoamericanos y estadounidenses; 3) el diálogo abierto y la interrelación con temas, enfoques y métodos de otras disciplinas sociales; y 4) una fuerte apuesta a la formación de recursos humanos bajo las reglas o los cánones de la disciplina. En un lapso de 25 años, y con muy pocas excepciones, la historiografía desarrollada en los ámbitos académicos argentinos perdió su impronta *político-militante* de décadas anteriores, una impronta muy ligada a las vertientes revisionistas de izquierda y derecha. La disciplina terminó por convertirse en un campo de conocimiento específico y autónomo, distanciada de los usos políticos –promovidos por quienes se creían *gendarmes de la cultura e identidad nacionales*– que hicieron del pasado una especie de arena de combate.

Un segundo aspecto a tener en cuenta es el papel desempeñado por las editoriales comerciales y universitarias. Estas contribuyeron decididamente a vitalizar el mercado editorial a través de un repertorio de libros que incluía, aparte de nuevas investigaciones realizadas en el país o en el exterior (por ejemplo, tesis de doctorado), la reedición de textos clásicos, la creación de colecciones temáticas y la puesta en marcha de empresas historiográficas de largo aliento que involucraban a varios especialistas.

A decir verdad, la renovación de la historiografía producida y enseñada en la Argentina también resulta deudora de la reforma educativa impulsada en los años 90; reforma que, a pesar de sus evidentes fracasos (por razones que no es pertinente desarrollar aquí), reformuló los contenidos curriculares haciendo foco en la relación entre historia y ciencias sociales, y exigiendo a las editoriales reemplazar los manuales que por décadas fueron utilizados en las aulas por otros nuevos y debidamente actualizados. Este cambio, que recuperaba la tradición de la *historia social* promovida por el grupo de historiadores liderado, entre otros, por José Luis Romero y Tulio Halperín Donghi, resultó correlativo a la contratación de nuevos autores a los que se encomendó la tarea de

escribir textos con atractivas imágenes para niños y jóvenes. Sea cual fuese el formato de publicación a través del cual se difundió por distintos circuitos el saber histórico, los historiadores e historiadoras acordaban en las reglas del oficio y en la forma de exponer los resultados de sus pesquisas para acercar a los lectores la densa trama de conocimientos obtenida en las últimas décadas.

Finalmente, el creciente interés del público por el conocimiento del pasado nacional debe también sus razones a las inquietudes y desvelos ciudadanos suscitados por el conflictivo derrotero social, económico y político de la Argentina reciente. En tal sentido, la aciaga crisis del 2001 parece a todas luces haber fraguado la sensibilidad de los argentinos y despertado su deseo de encontrar en el pasado explicaciones plausibles de un tiempo presente que se experimentaba como un momento terminal. De acuerdo a las voces que se alzaron en aquella coyuntura, el malestar profundo y la desilusión que experimentaban las clases medias y los sectores populares con la clase política que había gobernado el país durante los últimos años –culpabilizada por su incapacidad para generar un proyecto de largo plazo y por imponer sus propios intereses a los de la ciudadanía en su conjunto–, se tradujeron en una búsqueda de respuestas que fueran más allá del presente inmediato.

| xvii

## **Esta historia de Mendoza**

Es en este clima institucional, político e historiográfico donde se inscribe el libro que el lector tiene en sus manos, por lo que resulta importante señalar algunas premisas que guiaron su escritura.

Cuidar la palabra, su forma, ha sido un objetivo. Sin duda, los sujetos no sólo se apropian de información, sino de una forma de decirla. En este sentido, advertimos las virtudes de un discurso rico en vocabulario y dotado de la potencia representativa de la metáfora; un discurso capaz de desarrollar la empatía del lector frente a realidades complejas y distantes, de movilizar su imaginación y de habilitarlo para establecer conexiones entre lo conocido y lo desconocido. La idea fue apostar a un relato lo más rico y matizado posible, que estimule una comprensión de los procesos históricos atendiendo a su inevitable complejidad. Articular una narración atractiva para el lector no especializado sin banalizar el contenido, ha sido una preocupación constante durante toda la escritura del texto. Es cierto que este tipo de discurso requiere de procesos de

comprensión lectora más sistemáticos y elaborados, y que esto puede comportar un obstáculo inicial. No obstante, así como sostenemos que forma y contenido no son dos cuestiones escindidas, apostamos a un registro lector que propicie una formación histórica más sólida.

xviii | Escribir un texto que pueda ser leído por lectores no especializados, sin por ello sacrificar la complejidad con que deben ser analizados los procesos históricos, fue entonces uno de nuestros principales desafíos. Sabiendo que el obstáculo puede provenir no sólo del vocabulario empleado, sino también de la complejidad y multiplicidad de ideas que intentan presentarse, intentamos no obstante encontrar el difícil equilibrio que supone llegar a un público no especializado sin por ello acudir a simplificaciones que deforman el pasado histórico. Quizás sin haberlo logrado del todo, esperamos que nuestro primer ensayo pueda animar a otros a perfeccionarlo.

Nos propusimos asimismo un relato que, trascendiendo la mera presentación ordenada de acontecimientos institucionales y políticos, postulara una mirada más amplia y compleja, y se abriera a la explicación de problemas económicos, conflictos sociales y disputas de poder. Tan sólo *una versión* –de las muchas que se pueden presentar– que tuviera *perfume a realidad*, sin por ello caer en una lectura dicotómica entre «buenos y malos», a la que muchas veces nos han acostumbrado las narraciones para públicos masivos. En su lugar, hemos preferido ofrecer visiones no fatalistas que intentan eludir la idea de que *todo siempre fue igual*, para alentar actitudes positivas respecto a una realidad que es mutable y que puede ser transformada. Se busca fomentar la comprensión de que las dinámicas sociales estructuran no solo cambios, sino también continuidades. En otras palabras, quisimos propiciar una lectura del pasado provincial que dé cuenta de la relación existente entre contextos, actores y representaciones socioculturales, y que a la vez estreche lazos entre la producción académica y la alta divulgación.

El logro de un equilibrio entre lo local y lo nacional fue otro desafío de no fácil resolución. Nos propusimos, por un lado, poner de relieve la historia de la provincia atendiendo, como corresponde, a sus especificidades. Pero evitando hacer de ella un refugio de visiones esencialistas que enfatizen lo regional o lo local como rasgo excluyente de la vida histórica provincial. Por otro lado, quisimos eludir el error inverso de concebir la historia de Mendoza como un simple reflejo de la historia nacional. En tal sentido, y haciéndonos eco de lo señalado por el historiador Fernando Devoto, la historia provincial asumida en estas páginas

se aleja de cualquier concepción que pretenda presentarla como una *unidad de sentido*. Se propone por el contrario contribuir a desmontar los estudios nacionales en unidades de análisis más pequeñas, con el objeto de complejizar la mirada sobre los fenómenos políticos y sociales.

La intención ha sido aquí hallar la sintonía que permita una mejor comprensión de la articulación entre procesos locales y nacionales. En este sentido, tal enfoque responde a la convicción de que son procesos íntimamente relacionados aunque no exista una dependencia unidireccional de lo local a lo nacional, o viceversa. Esto puede ir cambiando. De hecho, por momentos hay mayor dependencia de la historia local respecto a la nacional, mientras que en otros los procesos locales suelen ser efectivamente autónomos, diferentes y hasta casi precursores de lo nacional.

| XIX

Asimismo, nuestra intención ha sido que la narración pueda ser leída de manera independiente. Es decir, que su lectura no requiera necesariamente de textos-soporte para identificar los marcos referenciales. Así, se ha intentado ofrecer información sobre lo nacional en una dosis austera, al solo efecto de suministrar a los lectores aquellos conceptos y aquellas herramientas que permitan mejorar la comprensión de las modulaciones o relaciones entre lo estrictamente local y lo nacional.

Lo último, aunque no menos importante: pensamos este texto sobre todo para ser leído o utilizado *en* la escuela, y no como literatura «extraescolar» en la cual el estudiante pueda encontrar anécdotas o datos curiosos. El enfoque elegido ha optado por invitarlo a realizar operaciones de análisis y relación para pensar el pasado y su relación con el presente. Naturalmente, en esa operación intelectual –al igual que sucede en cualquier otra disciplina– la mediación del docente es clave.

TE CONTAMOS UNA HISTORIA DE MENDOZA (DE LA CONQUISTA A NUESTROS DÍAS) constituye un proyecto largamente acunado, que creció en el marco de un programa de investigación de la Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado con sede en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Cuyo, dirigido por la doctora Beatriz Bragoni. La obra fue publicada originalmente por el diario *Uno* en 16 fascículos, en octubre y noviembre de 2009. La nueva versión actualizada y revisada que aquí presentamos ha sido editada por la Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo (EDUNC) con la contribución del Fondo Provincial de la Cultura. A ambas instituciones les agradecemos su valioso apoyo.

*Las autoras*

Prólogo